

## SEGUNDA BATALLA DE MASAYA (15-18 de noviembre, 1856)

Narrada por William Walker

“En la mañana del 15, los americanos estaban otra vez en el camino de Granada a Masaya. La fuerza se componía: de los rifleros de Sanders, una compañía del 2 de rifleros, la infantería de Jaquess, un cuerpo de caballería a las órdenes de Waters, unos pocos zapadores, y parte de las dos compañías de artillería, en todo, unos 500 hombres. La artillería se componía de un obús de a doce, dos pequeños cañones de bronce, tomados a los aliados, y dos morteros pequeños. Como el tren de las mulas de carga, que llevaban las municiones era largo, y hacía mucho calor, la marcha se hizo lenta y cansada; y la fuerza apenas había hecho la mitad del camino para Masaya, cuando Walker supo que Jerez se había dirigido sobre Rivas con siete u ochocientos hombres. Inmediatamente dio la orden a Jaquess de regresar a Granada con la infantería y tomar un vapor para ir a la Virgen, quedando de este modo reducida la fuerza de Walker a menos de 300 hombres.

El mayor Henry, aunque apenas pudiese marchar, siguió la columna a Masaya, montado en su mula. Dos o tres millas antes de llegar a la ronda de la ciudad, él y el coronel Thompson lograron pasar la avanzada, y cayendo sobre un piquete enemigo, lo cargaron a galope tendido. Los del piquete huyeron como venados, dejando uno de ellos su sombrero con un hoyo hecho en él por la bala del revólver de Henry y con su tosca copa de paja ensangrentada. Este incidente, aunque pone en evidencia el excesivo arrojo de algunos de los oficiales nicaragüenses, demuestra también cuán difícil era contener su valor en los límites del orden y la disciplina; aunque es probable que Henry y Thompson ignorasen que habían pasado al frente de las tropas, debido al descuido con que el oficial que mandaba la vanguardia cumplió su deber.

Al llegar la caballería cerca de los ranchos de la ronda de Masaya, el enemigo abrió un vivo fuego de fusilería, y Waters colocando sus tropas a un lado del camino para cubrirlas con la espesa vegetación tropical, hizo lugar para que pasasen los rifleros. En el punto en donde el camino entra a la plazuela de San Sebastián, pasa por una encajonada, a ambos lados sobre la cual se ven esparcidas pobres chozas de caña en medio de pequeños plataneros. Emboscados en ellos, los aliados, hacían un fuego mortífero contra los rifleros que avanzaban. Sin embargo, Sanders los obligó a retroceder hacia la plazuela, desplegando sus tropas a los dos lados del camino, mientras que Henningsen, colocando el obús muy cerca del enemigo, lanzó sobre él una lluvia de metralla. Durante varios minutos se combatió con furor, pero finalmente, el fuego comenzó a ser siempre más débil, hasta que el enemigo, retirándose al centro de la ciudad, dejó a los americanos dueños de los barrios.

Pero el terreno no había sido ganado sin graves pérdidas. Los nicaragüenses habían perdido más de cincuenta hombres, seis muertos y sobre cuarenta heridos. El teniente Stahle, oficial de nota, había caído al pie de su cañón, y el mayor Schwartz había sido herido. Además de éstos, varios de los mejores oficiales de los rifleros habían sido gravemente heridos, entre ellos, el capitán Ewbanks y el teniente C. H. West; y el coronel Natzmer había sido botado por una bala muerta que le golpeó detrás de la oreja. El acercarse la noche, no menos que el

estado de excitación de la columna por causa de las graves pérdidas, hizo necesario acamparse en la elevación del terreno abandonado por el enemigo. En consecuencia, se dio la orden de descargar las mulas y colocar las avanzadas.

Despuntó el día, y las tropas un tanto repuestas por el breve y entrecortado sueño que habían tenido, se encontraban enteramente dispuestas para el combate. El mayor Schwartz lanzó muy acertadamente con el obús algunas bombas contra las casas cerca de la plazuela de San Sebastián; y el mayor Caycee, avanzando con unos pocos del 2 de rifles, tomó posesión de la pequeña plaza que parecía recientemente abandonada por los aliados. Desde luego fueron colocados cómodamente los heridos en la pequeña iglesia de San Sebastián; y después de que las tropas hubieron almorzado, se encontraban en tan buena disposición como siempre. Los zapadores comenzaron a romper las casas a ambos lados de la calle con dirección al ángulo derecho de la plaza principal, viniendo de San Sebastián. También se aprovecharon los cortes hechos al través de las casas de adobes en el ataque del 12 de octubre.

Sin embargo, la obra de los zapadores marchaba lentamente; y mientras que avanzaban por el frente bajo la protección de una compañía de rifles, fue necesario varias veces defender la plazuela de los ataques de los aliados. El enemigo después de haber sido rechazado repetidas veces con pérdidas, pareció quedar convencido de que con sus demostraciones sobre la retaguardia de los americanos, gastaba inútilmente sus fuerzas. También había llegado el frente tan cerca de la plaza, que era difícil conservar las comunicaciones con San Sebastián. Walker lanzó todas sus fuerzas disponibles sobre el enemigo, quemando las casas detrás de él para proteger la retaguardia. Avanzando de ese modo en los días 16 y 17, en la noche del último día, los americanos habían llegado a unas veinticinco o treinta yardas de las casas ocupadas en la plaza por el enemigo.

El general Henningsen había establecido una batería de morteros en una choza cerca del enemigo, lanzando algunas bombas con muy buen resultado. Pero las mechas, como ya se hizo notar, eran demasiado cortas, y el número de las bombas de que podían disponer los nicaragüenses, era demasiado escaso para usarlas con profusión. Esta fue, en realidad la razón principal del poco efecto causado por los morteros y obuses (cuando éstos se usaban con bombas) durante toda la campaña. Además de las malas mechas y de la escasez de bombas, se veía el resultado de los tres días de fatiga y de combates, en el cansancio de las tropas y en la casi imposibilidad de que las guardias fuesen hechas de una manera conveniente. Y aunque se comprendía claramente que los aliados se hallaban abatidos por el ataque de los americanos, se hubiera necesitado de más tiempo para obligarlos a salir de la ciudad; y Walker, inquieto por el Tránsito, resolvió retirarse a Granada, para prepararse a abandonar el departamento oriental.

Después de unas pocas horas de descanso, a eso de la media noche, los americanos abandonaron silenciosamente las casas ocupadas por ellos, tomando el camino de Granada. Debido a la oscuridad de la noche, las fuerzas quedaron separadas por un momento, pero pronto volvieron a reunirse, siguiendo el camino hacia el Lago. Las pérdidas durante los tres días ascendieron a unos cien hombres, la tercera parte de los que atacaron a Masaya; y la extensa línea de los heridos que iban a caballo naturalmente impedía la marcha hacia Granada. Pero, no obstante el mal estado de la columna, la marcha fue regular y las tropas

podieron ser conservadas estrechamente juntas. El general Henningsen con un obús protegía la retaguardia marchando muy de cerca y defendiendo la columna de cualquier daño que pudiese causarle el enemigo. Sin embargo, los aliados no molestaron a los americanos en su retirada; probablemente estaban muy satisfechos de verse libres de tan incómodos vecinos. En la mañana del 18 Walker volvió a regresar a Granada, e inmediatamente participó a Henningsen su determinación de abandonar la plaza.”

Fuente: Lorenzo Montúfar. “Walker en Centro América” (2 edición, corregida e ilustrada). Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. 2000.